

GRAZIELLA ALTAMIRANO

INSTITUTO MORA

Manuel Acuña



*El poeta del romanticismo
y la modernidad*

Ha transcurrido un siglo y medio de la muerte joven del poeta coahuilense y su corta obra se mantiene vigente. Su amigo Juan de Dios Peza lo recuerda en una semblanza de 1897 como un estudiante avezado en latín, matemáticas y filosofía en la Escuela de Medicina, jovial y punzante en sus frases, sensible y leal, y atormentado por los dolores ajenos.

69

En el 150° aniversario de la muerte de Manuel Acuña hemos rescatado los últimos días de la vida de este joven poeta coahuilense en la pluma de Juan de Dios Peza, quien varios años después de que aquél se quitara la vida, escribió el prólogo a la publicación de sus obras por la Casa Editorial Maucci de Barcelona (1898), como un postrer tributo al amigo y como un testimonio de su trágico fin.

Juan de Dios Peza (1852-1910), poeta conocido como el “cantor del hogar y de la patria” fue condiscípulo de Acuña en la Escuela de Medicina donde se inició entre ellos una estrecha amistad que perduró hasta la muerte. Los dos talentos abrazaron las letras: Peza dejó la medicina, se dedicó al periodismo y a la diplomacia, llegó a ocupar un lugar en la Academia Mexicana de la Lengua y por su numerosa obra, traducida a varios idiomas, se convirtió en uno de los poetas más leídos de principios del siglo xx. Acuña, simultáneamente a los estudios de medicina muy pronto se introdujo en el movimiento literario de su época, fundó la Sociedad Literaria Nezahualcóyotl, formó parte del Liceo Hidalgo y colaboró en varios periódicos de la capital donde publicó sus poemas.

Por su obra poética, en su mayoría conocida hasta después de su muerte, a Manuel Acuña se le consideró como un “intermediario de las pasiones del romanticismo y de la construcción del modernismo”, debido a su tratamiento de los temas románticos y a sus reflexiones sobre la muerte, la existencia de Dios y del alma. A su corta edad Acuña se distinguió por su talento en el medio intelectual de su tiempo y fue asiduo a las famosas veladas literarias que se celebraban en la casa del conocido matrimonio de La Peña-Llerena, a las que acudían grandes personalidades del mundo cultural de la época. A ellas asistían escritores y poetas, pe-

riodistas, oradores y destacados personajes como Ignacio Ramírez *El Nigromante*, Ignacio Manuel Altamirano, Justo Sierra, Francisco Zarco, Irineo Paz, Vicente Riva Palacio, José María Iglesias y Juan de Dios Peza, entre muchos otros.

En aquellas concurridas tertulias sobresalía la presencia de Rosario, hija del matrimonio de La Peña-Llerena, una talentosa joven de 19 años, quien con el tiempo se convertiría en la musa de varios escritores y poetas que se inspiraron en ella para escribir sus mejores versos, entre ellos Acuña, el joven solitario y depresivo, que le dedicó su famoso *Nocturno* de amor no correspondido.

Acuña se quitó la vida el 6 de diciembre de 1873. Cuando se dio a conocer la noticia de su muerte, una gran parte de la sociedad lamentó la pérdida del joven poeta que prometía llegar a ser una luminaria de la literatura mexicana. Conociendo el amor que aquél tenía por Rosario de la Peña, muchos de sus compañeros la culparon por su muerte y durante años la joven pasó a la historia como “Rosario la de Acuña”, la causante de aquella tragedia, a pesar de que declaró el resto de su vida que ella nunca alentó los sentimientos del poeta. No obstante, Rosario quedó marcada con el estigma de la traición y la culpa y durante años, en torno a ella y al suicidio de Acuña se tejieron innumerables historias y fantasías que dieron la vuelta al mundo. Los amigos de Acuña dieron cuenta de los problemas de salud que aquél padecía, y Juan de Dios Peza, el más cercano de ellos, al relatar sus recuerdos de aquellos días quiso hacer una semblanza del amigo, referirse a la depresión que lo aquejaba, esa “enfermedad sin nombre que marchita el alma” y ante las “consejas triviales que corrían en boca del vulgo”, invitaba a no culpar a nadie como causante de aquella tragedia y recordar al amigo como el gran poeta que fue.

i
Manuel Acuña, fotografía, ca. 1870, inv. 452414. SINAFO-FN. Secretaría de Cultura-INAH-Méx. Reproducción autorizada por el INAH.

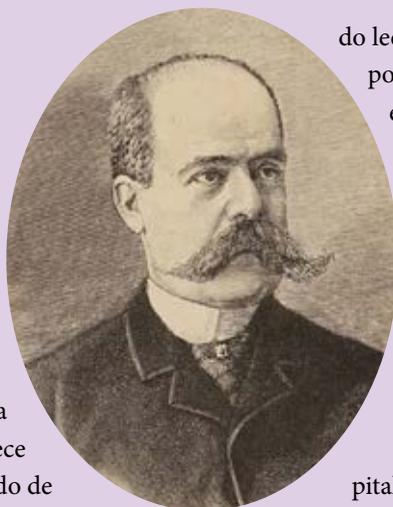
MANUEL ACUÑA

Por Juan de Dios Peza
México, 1897

70 Todo se va, todo se muere. A medida que se avanza en el camino del mundo, se van dejando pedazos del corazón sobre la fosa de cada uno de los seres queridos que nos abandonan para siempre.

Hoy es un triste aniversario para las letras nacionales –hace 24 años, ¡parece que fue ayer! – que el poeta más inspirado de la generación de entonces puso fin a sus días cegado por no sabemos qué internas y pavorosas sombras.

Vivíamos él y yo tan ligados, fuimos tan íntimos amigos, que puedo asegurar, sin jactancia, que pocos le estudiaron como yo tan de cerca, por lo cual juzgo un deber narrarlo sobre su vida y sobre su muerte, en esta tristísima fecha, no sólo porque a través de los años se ha adulterado su historia, sino también porque muchos se interesan cuan-



do leen sus versos en saber con toda la verdad posible cómo era, cómo vivió y cómo murió el infortunado poeta.

Así es que refundiendo antiguos apuntamientos, enlazando recuerdos que todavía están frescos en mi memoria, y juzgando con mayor experiencia lo que en aquella época no pude apreciar, encuentro ocasión oportuna para escribir un artículo en que han de campear la verdad y la justicia.

Manuel Acuña nació en Saltillo, capital del estado de Coahuila, el año de 1849, y vino de catorce años, o poco menos, a esta ciudad de México, entrando como alumno interno en el colegio de San Ildefonso. Hace él tiernísima referencia a su salida de la tierra de su padre:

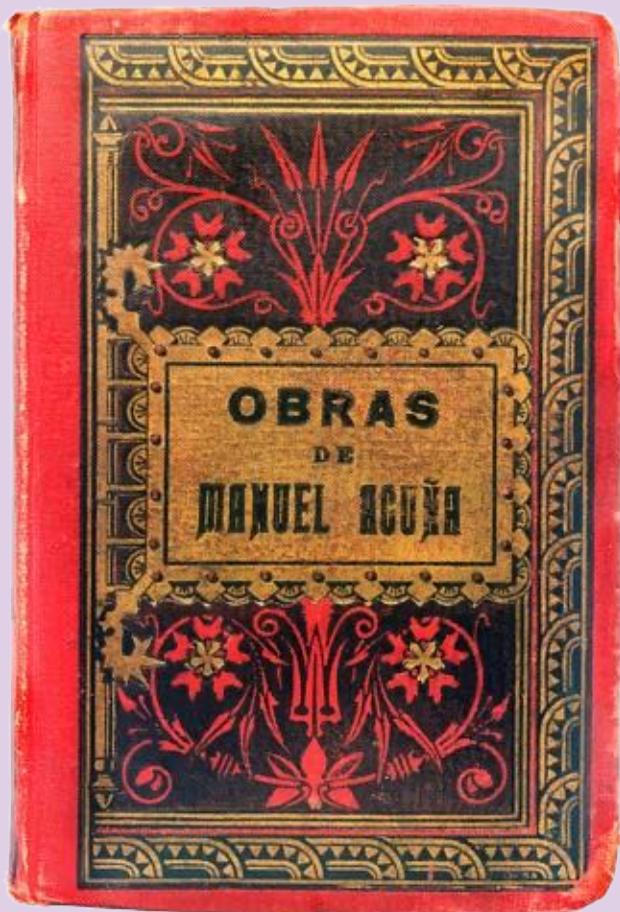
Sus brazos me estrecharon
Y después a los pálidos reflejos
Del sol que en el crepúsculo se hundía,
Sólo vi una ciudad que se perdía
Con mi cuna y mis padres a lo lejos.

Cursó con notorio talento los años de latinidad, matemáticas y filosofía y pasó a esa histórica Escuela de Medicina de donde han salido tantas lumbreras de las letras y de las ciencias.

Lo recuerdo como si lo viera en la víspera de su fin trágico. Delgado de contextura, con la frente limpia y tersa sobre la cual se alzaba rebelde el obscuro cabello echado hacia atrás y que parecía no tener otro peine que la mano indolente que solía mesarlo; cejas arqueadas, espesas y negras, ojos grandes y salientes como si se escaparan de las órbitas; nariz pequeña y afilada; boca chica, de labio inferior grueso y caído, ornada por un bigote recortado en los extremos; barba aguzada y con hoyuelos; siempre vestido con levita oscura de largos faldones, rápido en el andar y algo dificultoso en su palabra.

Triste en el fondo pero jovial y punzante en sus frases, sensible como un niño y leal como un caballero antiguo; le atormentaban los dolores ajenos y nadie era más activo que él para visitar y atender al amigo enfermo y pobre.

Vivía en el corredor bajo del segundo patio de la Escuela de Medicina, en el cuarto número 13, el mismo cuarto que ocupó Juan Díaz Covarrubias y del cual salió para ser infamemente fusilado en Tacubaya el 11 de abril



Acuña se quitó la vida el 6 de diciembre de 1873. Una gran parte de la sociedad lamentó la pérdida del joven poeta que prometía llegar a ser una luminaria de la literatura mexicana.

de 1859. Acuña tenía siempre en su derredor un cortejo de amigos que lo amábamos sin doblez, sin rencillas, sin envidia de su genio, sin censurar sus extravagancias, evitándole todos los disgustos y siendo los primeros en aplaudir sus obras [...] Nosotros habíamos presenciado de cerca los trabajos de aquel adolescente sublime; con las lágrimas en los ojos le vimos salir a la escena en medio de aplausos atronadores, conducido por el eminente José Valero y por Salvadora Cairón, en la noche del estreno de su drama *El Pasado*; temblando de gozo le admiramos cuando hizo en unos funerales estremecerse a los viejos y sabios maestros diciendo:

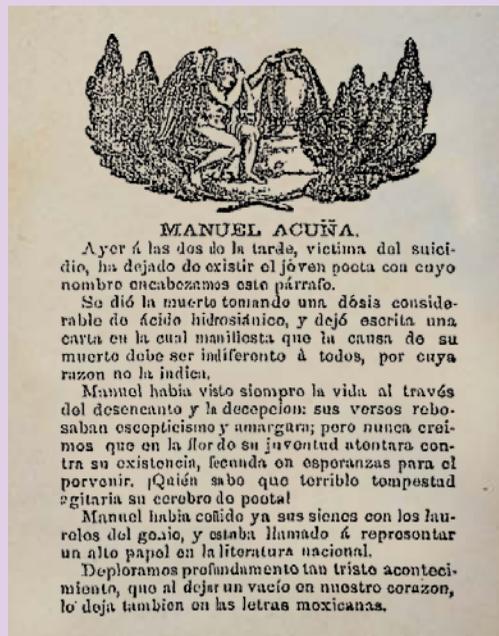
La muerte no es la nada
Sino para la chispa transitoria
Cuya luz ignorada
Pasa sin alcanzar una mirada
De la pupila augusta de la historia.

O cuando con su brindis titulado “Un rasgo de buen humor” hizo que lo miraran sonriendo aquellos sabios severos que se llamaron Río de la Loza, Vértiz y Barreda.

Nosotros recogíamos con cuidado fraterno cada periódico en que aparecían sus versos, guardábamos los párrafos en que lo elogiaban y nos sentíamos felices con mirarle recibir cartas de su hogar lejano, y después de leerlas, besar la firma de su madre diciendo: “¡Hace muchos años que no la veo. Pobrecita! Ya sólo me conoce en retrato”.

Esa ausencia lo mataba. Leed su poesía “Entonces y hoy”, escrita con las lágrimas más tiernas del fondo de su pecho y veréis que es una verdad la que os digo.

El viernes 5 de diciembre de 1873, anduvimos juntos desde la mañana y nos fuimos por la tarde a la Alameda. El viento arrancaba las hojas amarillentas de los fresnos y de los chopos que al



caer bajo los pies del poeta atraían sus miradas de mayor tristeza.

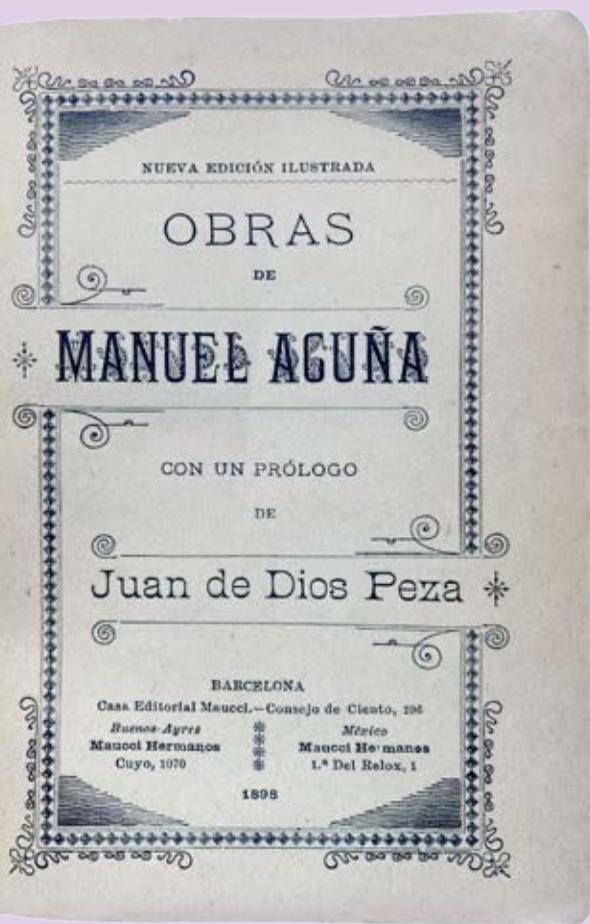
“Mira –me dijo mostrándome una de esas hojas que aún guardo seca por haber señalado con ella un capítulo del libro que leíamos aquella tarde; *Les feuilles d’Automne* de Víctor Hugo–, mira: una ráfaga helada la arrebató del tronco antes de tiempo”.

Allí me recitó la poesía “El génesis de mi vida” que alguien extrajo de sus papeles el día

ii
Juan de Dios Peza, retrato, litografía en Juan de Dios Peza, *Poesías completas, Hogar y Patria*, París, Garnier Hermanos, 1891.

iii
Obras de Manuel Acuña, cubierta, Barcelona, Casa Editorial Maucci, 1898. Colección particular.

iv
Esquela de Manuel Acuña, *El Monitor Republicano*, 7 de diciembre de 1873, p. 3.



de su muerte. Era una poesía lindísima de la cual vagamente recuerdo uno que otro verso. Ya sentados en una banca de piedra me dijo: “Escribe” y me dictó el soneto “A un arroyo” poniéndome después de su puño y letra una cariñosa dedicatoria. Este soneto es el último que escribió; muchos creen que el “Nocturno” es su obra postrera, pero sus amigos nos sabíamos de memoria esos versos desde tres meses antes de aquel día a que me refiero.

A propósito del “Nocturno” haré una digresión interesante. Una mañana estando en Saltillo, salimos muy temprano Jesús M. Rábago y yo, pues íbamos de expedición fuera de la ciudad. La parroquia da su espalda al Oriente, así es que el sol se alzaba detrás de la torre y enfrente, rumbo al ocaso, se extiende una calle en que Acuña vivió cuando era niño. Al fijarse en esto me dijo Rábago: Vea usted cómo es verdad aquello de:

El sol de la mañana
detrás del campanario,
y abierta allá a lo lejos la puerta del hogar.

Pero reanudemos el hilo de los acontecimientos.
Abandonamos la Alameda a la hora del crepúsculo,
lo dejé en la puerta de una casa de la calle de Santa Isabel y
me dijo al despedirnos:

–Mañana a la una en punto te espero sin falta.
–¿En punto? –le pregunté–
–Si tardas un minuto más...
–¿Qué sucederá?
–Que me iré sin verte.
–¿Te irás adónde?
–Estoy de viaje... sí... de viaje... lo sabrás después.

Estas últimas palabras cayeron sobre mi alma como gotas de fuego. Quise preguntarle más; pero él se metió en aquella casa y yo me fui triste y malhumorado como si hubiera recibido una noticia infausta.

Yo sólo sabía que aquel gigantesco espíritu estaba enfermo y temía una crisis.

Acuña llegó algo tarde a la Escuela en aquella noche; rompió y quemó muchos papeles que tenía guardados; escribió varias cartas listadas de negro, una para su ausente madre, otra para Antonio Coellar, otra para Gerardo Silva y dos para unas amigas íntimas. Dicen que al día siguiente se levantó tarde, arregló su habitación, se fue después al baño, volvió a su cuarto a las doce, y sin duda en esos momentos, con mano segura y firme escribió las siguientes líneas:

“Lo de menos era entrar en detalles sobre la causa de mi muerte, pero no creo que le importe a ninguno; basta con saber que nadie más que yo mismo es el culpable. Diciembre 6 de 1873. Manuel Acuña”.

Salió después a los corredores, estuvo conversando de asuntos indiferentes, y cerca de las doce y media volvió a meterse a su cuarto.

Fácil es presumir lo que sucedió entonces. Yo llegué a visitarlo a la una y minutos, porque un amigo me detuvo en la puerta de la Escuela. Encontré sobre la mesa

Acuña tenía siempre en su derredor un cortejo de amigos que lo amábamos sin doblez, sin rencillas, sin envidia de su genio.



de noche una bujía encendida y a Acuña tendido en su cama con la expresión natural del que duerme.

Toqué su frente guiado por extraño presentimiento y la encontré tibia; alcé en uno de sus ojos un párpado y la expresión de la pupila me aterró; volví entonces con sobresalto el rostro hacia la mesa de noche y me encontré en ella, junto a la vela, un vaso en que se apoyaba el papel que antes he copiado. Me incliné para leerlo y un acre olor de almendras amargas me descorrió el velo de aquel misterio.

Aturdido, loco, llamé a los entonces estudiantes y hoy médicos Vargas, Villamil y Oribe, que vivían en el cuarto de junto. Oribe se precipitó sobre el cadáver queriendo volverlo a la vida y le hizo una insuflación de boca

v
Obras de Manuel Acuña, portada, Barcelona, Casa Editorial Maucci, 1898. Colección particular.

vi
Obras de Manuel Acuña, portadilla, Barcelona, Casa Editorial Maucci, 1898. Colección particular.

a boca, al tiempo que Vargas movía el tórax para producir la respiración artificial.

Todo fue en vano. Oribe cayó presa de un vértigo, intoxicado por el olor del cianuro, pues Acuña había apurado cerca de dos dracmas de esta substancia.

La fatal noticia circuló instantáneamente en la Escuela. El prefecto del establecimiento, Dr. Manuel Domínguez, los médicos y los alumnos que a esa hora estaban allí, acudieron al lugar del siniestro y rivalizaron en empeño y actividad para tratar de devolverle la vida, ¡la vida que una hora antes le había abandonado!

Llegó a pocos momentos mi amigo Francisco Sosa, y a las cuatro de la tarde el Sr. Gaxiola, juez en turno, que dictó las medidas oportunas concediendo que fuera en la Escuela de Medicina y no en el Hospital de San Pablo donde se hiciera la autopsia del cadáver.

Los miembros todos de la "Bohemia literaria" visitaron por la tarde al poeta muerto, que al anoecer fue colocado en la ex capilla de la Escuela.

Alejandro Casarín acompañado del inolvidable Alamilla, sacó en yeso blando la mascarilla del rostro, para hacer un busto y trazó a lápiz un magnífico retrato.

El cadáver estuvo constantemente velado por los alumnos de la Escuela, quienes lo inyectaron a todo costo y con toda las reglas de la ciencia.

El miércoles diez fue el entierro, que tuvo una pompa y una majestad inusitadas. A las nueve de la mañana un inmenso gentío llenaba la plazuela de Santo Domingo, en tanto que en el interior de la Escuela de Medicina se agrupaban los representantes de las sociedades científicas, literarias y de obreros.

Los hombres más notables, los profesores más distinguidos, estaban allí dispuestos a acompañar al infortunado soñador de 24 años. El gran Ignacio Ramírez había dicho al saber la muerte de Acuña: "Es una estrella que se apaga". Altamirano que lo distinguía y mimaba como a un hijo, había sentido enfermo de pesar con la triste noticia, y el sabio Río de la Loza a pesar de sus arraigadas convicciones religiosas, ordenó como director de la Escuela, que no se omitieran gastos para enterrar a Acuña como lo exigía su talento.

Para no mutilar aquel cadáver querido, se extrajo del estómago el veneno con una bomba exofagiana, y después lo inyectaron cuidadosamente los más inteligentes alumnos. Durante el tiempo que estuvo tendido y expuesto al público en la ex capilla de la Escuela, se recibieron multitud de coronas y de ramilletes remitidos por corporaciones y admi-

radores particulares. Sea por el efecto del embalsamiento, sea porque los tejidos se estrecharon por la rigidez, el hecho es que de los cerrados ojos del poeta estuvieron brotando lágrimas constantemente: lloraba, como lo había dicho en una estrofa:

¡Cómo deben llorar en la última hora
Los inmóviles párpados de un muerto!

A las diez los amigos íntimos de Acuña cargamos en hombros su cadáver y salimos de la Escuela en medio de un silencio y de una consternación profunda.

Detrás de nosotros iban los comisionados de las Sociedades Literarias y presidiendo las del Liceo Hidalgo, la Concordia y el Porvenir, de las científicas presididas por la de Geografía y Estadística y la Filoiátrica, una diputación del Gran Círculo de Obreros y después todos los invitados. Por detrás iba el carro fúnebre más elegante de la capital llevando en su remate una lira de oro con las cuerdas rotas y sobre ella la corona alcanzada por el poeta en el estreno de su drama.

En pos del carro fúnebre iban más de cien carruajes particulares. El cortejo recorrió las calles de la Cerca de Santo Domingo, Esclavo, Manrique, San José el Real, San Francisco, San Juan de Letrán y Hospital Real, continuando en línea recta hasta el cementerio del Campo Florido. Allí, bajo un cobertizo de madera en donde se puso una tribuna se le tributaron los últimos honores.

Los alumnos Manuel Rocha, Porfirio Parra y Francisco Frías y Camacho hablaron en nombre de la So-

ciudad Filoiátrica y Gustavo Baz en nombre del Liceo Hidalgo. En seguida ocupó la tribuna Justo Sierra. Acuña quería con profunda ternura a Justo, le miraba como a hermano sabio y erudito y la aparición de éste en aquellos instantes causó inmensa sensación en todos los presentes.

Dice Franz Cosmes en una crónica de entonces, al hablar de Justo Sierra, lo siguiente:

Sólo los que hayan oído alguna vez esa palabra poderosa, hija de un cerebro de luz y de un corazón de fuego, podrán concebir hasta donde se remontó esa imaginación audaz, llorando sobre el cadáver de su hermano. No era un dolor común el que expresaba, era el grito de desesperación de la humanidad por la pérdida de uno de sus apóstoles, el sollozo trémulo de la poesía por la muerte de uno de sus hijos. Él sólo pudo comprender esas aspiraciones sin límites del poeta que en un mundo raquíptico se ahogaba.

En efecto, sólo Sierra condensó la vida del poeta en admirables versos captándose la respetuosa veneración del auditorio desde que comenzó diciendo:

Palmas, triunfos, laureles, dulce aurora
De un porvenir feliz, todo en una hora
De soledad y hastío,
Cambiaste por el triste
Derecho de morir, ¡hermano mío!



**Oh tú que á la llegada de mi santo
Tu tarjeta y tus plácemes me envías.**

vii

Manuel Acuña, litografía en Amado Nervo, *Lecturas mexicanas graduadas. Segunda serie. Con el retrato y datos biográficos de cada autor*, México, Vda. de Charles Bouret, 1919. Biblioteca Ernesto de la Torre Villar - Instituto Mora.

viii

Retrato de Manuel Acuña Narro (1849-1873) poeta y escritor mexicano. Movimiento romántico del romanticismo. México, Centroamérica. Antiguo grabado, American Poets Antología by Montaner and Simon 1897

Las composiciones que dejó escritas revelan todo lo que pudo llegar a ser: el destino apagó la llama de su vida.



Yo hablé en nombre de los amigos íntimos de Manuel; tenía yo entonces 21 años y hablé llorando...

A las doce del día el primer puñado de tierra cayó sobre el ataúd, la piqueta del sepulturero resonó huecamente en aquel sitio y todos nos separamos conmovidos.

“¡Ay! De aquella mañana a esta mañana, de aquel sol a este sol”, como dice el poeta, han corrido fugaces 24 años.

Debajo de la tierra en que ya han brotado flores nuevas, ocultos por un manto de fresco césped sobre el cual arrastra el viento las hojas secas, durmiendo están para no despertar nunca, muchos de los maestros, de los amigos y de los compañeros del poeta: Ignacio Ramírez, Ignacio M. Altamirano, Vicente Riva Palacio, Flores, Rosas Moreno, Francisco Lerdo, Plaza, Alamilla, Manuel Ocaranza, pero sería larga e interminable la lista de los que han bajado a la eterna sombra.

Los versos de Acuña han recorrido todos los dominios de la lengua castellana y en todas partes los admiran y los repiten, pues entre ellos hay muchos que bastan para revelar su genio.

Acuña fue víctima del hastío, de la nostalgia moral, de esa enfermedad sin nombre que marchita las flores del alma cuando apenas están en capullo. En sus últimos días vivía de una manera extraña; sus vigiliias eran constantes; leía y escribía hasta el amanecer; gustaba de tomar un café

espeso, al que llamaba Manuel Flores “el néctar negro de los sueños blancos” y aparentaba una jovialidad que servía de antifaz a su secreta tristeza.

Su trágica muerte es el resultado de un extravío cerebral: nadie aparece como causa de ella y son consejas triviales las que corren en boca del vulgo.

En el Saltillo han honrado su memoria construyendo un precioso teatro que lleva su nombre y que tiene el patio en forma de lira.

En México, debido al constante empeño de algunos de sus amigos especialmente de Luis A. Escandón y de Agapito Silva, se le construyó un monumento en que en esta fecha está concluido ya en el cementerio de Dolores, a donde han sido con orden de la Autoridad trasladados sus restos.

Dicen que al exhumar los restos en la mañana del 29 de noviembre, encontraron intacta la ropa, cubriendo los huesos; tenía todo el cabello que cayó del cráneo al primer impulso del aire, y el Dr. Abel F. González le encontró en la bolsa del chaleco una peseta del año de 1830.

Acuña “si tan prematuramente no se roba a su propia gloria” como me dice hablando de él el inspirado Núñez de Arce, sería hoy una de las más altas personalidades literarias de México. Las composiciones que dejó escritas revelan todo lo que pudo llegar a ser: el destino apagó la llama de su vida, pero no logrará extinguir su impecable memoria.

PARA SABER MÁS

ACUÑA, MANUEL, *Poesía completa*, Conaculta, 2014.

ACUÑA, MANUEL, *Versos*, Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza, 2019, en <<https://cutt.ly/N8cKua3>>

PATIÑO ESCOGIDO, ALEXIS, *Poesía Selecta*. Manuel Acuña, Universidad de Guanajuato, 2020, en <<https://cutt.ly/G8cZY5n>>